

Biblioteca-Films

NÚM.
416

FUERA DE LA LEY

25
CTS.



Mary
Nolan

Owen
Moore

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barberá, 16

BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES

REVISADA POR A PREGIA CENSURA

Nº. 416

FUERA DE LA LEY

OUTSIDE THE LAW
1930

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la exquisita actriz de la pantalla

MARY NOLAN

Versión literaria de C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL
Hispano American Films, S. A.

Director Gerente:

NORMAN J. CINNAMOND

Valencia, 233 Barcelona

REPARTO

Vabel MARY NOLAN
Lince Owen Moore

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

UN ACIERTO EDITORIAL...

Uo ha constituido la nueva publicación

CANCIÓNERO POPULAR

VEINTE canciones de éxito en cada cuaderno

32 páginas de texto **30** céntimos

Núm. 1 Carlos Gardel

en sus creaciones **LUCES DE BUENOS AIRES**
y los tangos más modernos.

Núm. 2 Imperio Argentina

en sus canciones populares

LO MEJOR ES REIR, SU NOCHE DE BODAS,
CINOPOLIS y sus últimas canciones.

Núm. 3 Jeannette Mac Donald

en sus grandes creaciones

EL DESFILE DEL AMOR, EL REY VAGABUNDO y sus más recientes creaciones.

Núm. 4 José Mojica

en sus creaciones LA LEY DEL HAREM,
HAY QUE CASAR AL PRÍNCIPE, LADRÓN
DE AMOR, y EL PRECIO DE UN BESO.

Pedidos a:

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, PREVIEN-
TO envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco RE-
TORNOS para el certificado. FRANQUEO GRATIS.



—Conque ya lo sabes, Lince: o me das participación en el negocio del Banco, o te denuncio a la policía.

—Ya te he dicho que no preparo ningún golpe. ¡Está visto que uno no puede ser honrado!

—¡Vamos, hombre! ¿Acaso te figuras que si la policía te encuentra trabajando en un Banco, va a creer que estás allí con propósitos honrados?

—¿Por qué no?

—¡Porque no! El que hace un cesto, hace ciento, Linee: tú eres el hombre que ha *reventado* más cajas de Banco en San Francisco. Tus gallos son forzados en todo el país.

cisco. Tus golpes son famosos en todo el país.
¿Y ahora quieres que la policía se crea que
has logrado entrar en un Banco para ganar-
te unos cuantos dólares a fuerza de sudores

cuando está en tus manos el apoderarte de todo el dinero de la caja? ¡Vamos, hombre! ¿Y eso me lo dices a mí que soy algo más listo que tú...? Como sigas en ese plan, voy a dar cuenta a la policía, ¡palabra!

—¡Te advierto que no me asustan tus amenazas, Chino!

—Ya sé que no te asustan, pero... ten en cuenta que te puedo perjudicar. La policía y el mismo banco agradecerían mucho que se les diese cuenta de tus propósitos; piénsalo bien. Ahora, hasta otro día.

Dichas estas últimas palabras, el hombre que hablaba se levantó. Su interlocutor hizo otro tanto, y encajándose el sombrero que ya llevaba puesto, se encaminó a la puerta y abandonó la estancia sin pronunciar más palabra. Poco después se encontró en la calle confundido entre la muchedumbre. Andaba preocupado, contrariado por el inconveniente que suponía el encuentro con el astuto Chino en aquel asunto que se había iniciado tan bien y que ahora podía malograrse en la menor indiscreción.

El Lince era, en su género un personaje de la mayor importancia: se había hecho cé-

lebre robando en los Bancos. Su vida había transcurrido entre dos alternativas: en la calle y en la cárcel. Hacía cosa de tres meses que había cumplido la larga cadena que le impusieran por el célebre golpe del Banco de California. No bien hubo salido de la cárcel, la policía perdió su pista. Era como si al Lince se lo hubiese tragado la tierra, como si se hubiese hundido en las profundidades del mar para aparecer nuevamente en San Francisco, donde iba a dar su nuevo golpe en el Banco del Oeste: propósito audaz, cuyos pormenores había estado fraguando durante su larga reclusión.

El Lince había estado preparando concienzudamente ese nuevo golpe. Se *asoció* con Mabel Gold, una muchacha ambiciosa que unía a una audacia sin límites una inteligencia privilegiada, y los dos se pusieron manos a la obra con entusiasmo.

Era un golpe difícil, pero no hay nada imposible para los espíritus audaces, y ambos tenían confianza en el éxito de su operación. El Lince logró entrar en el Banco como empleado, dando un nombre falso, por supuesto. Por una ironía de la vida, le habían

puesto en un gran escaparate del establecimiento, haciendo de hombre anuncio, para la propaganda de las cajas de alquiler del Banco, llamando la atención del público sobre un gran letrero que decía:

Deposite sus valores
en nuestras cajas de
alquiler... ¡y ríase de
los ladrones!

Su propósito era conocer el Banco por dentro: enterarse de los guardianes que había por la noche, acerca de sus costumbres y de las probabilidades de éxito de su negocio.

Las cosas se presentaban a pedir de boca, cuando un día se detuvo ante el escaparate El Chino. Aunque el Lince se desfiguraba el rostro por medio de un bigote postizo, aquél le reconoció fácilmente. ¡No en balde habían pasado tres años en una misma celda y después habían realizado juntos varios negocios! Este fué el motivo de que aquél le citara a su casa para pedirle cínicamente que le diese participación en el negocio que

allí preparaba, a pretexto de que San Francisco era una zona que el Chino dominaba con su banda: una especie de feudo.

Como quiera que el Lince no estaba dispuesto a dar semejante participación, era cuestión de trazar sus planes para entablar la lucha con el Chino, una lucha sorda, en la cual ganaría el que fuese más astuto.

Llegado a su casa, expuso sus planeas a Mabel y ambos estudiaron un proyecto.

BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR

Son las mejores novelas
cinematográficas

—¡Me das asco, Chino asqueroso! —dijo el Lince, que no podía ocultar su desgano.

—¿Qué te parece, Mabel, si ahora hablamos un poco de lo nuestro... de nuestros amores?

—Dejemos eso, que lo otro interesa más,

Días después Mabel entraba a trabajar en un establecimiento de dudosas actividades propiedad de el Chino. A los quince días escasos de trabajar en él, Mabel se valió de una estratagema para llamar al atención de el Chino. La cosa fué bien. El plan consistía en captar al Chino, enamorarlo y luego meterle en una celada. La idea había partido de Mabel y la chica estaba entusiasmada con ella. Cuando aquel día regresó a su casa y se encontró con el Lince, le dijo el buen resultado de su primer intento, pero él no estaba convencido.

—Tonta. ¿Te figuras que el Chino va a caer tan fácilmente?

—Pero tiene debilidad por las faldas—objetó Mabel.

—Pero sabe mantener a raya sus debilidades con sus conveniencias — afirmó el Lince.

—Sin embargo, le ganaremos la partida—aseguró ella.

—Tienes confianza en ti misma y eso me



—¡Me das asco, Chino asqueroso! —dijo el Lince, que no podía ocultar su desgano.

—Pero sabe mantener a raya sus debilidades con sus conveniencias — afirmó el Lince.

Estaba enamorado de ella; lo que se dice loco perdido. Nunca había sentido hacia una mujer un sentimiento de ternura semejante. Pero Mabel, por su parte, no correspondía al afecto del Lince.

—¿Qué te parece, Mabel, si ahora hablamos un poco de lo nuestro... de nuestros amores?

—Dejemos eso, que lo otro interesa más,

John. Somos socios en un mismo negocio... y nada más.

—Todo es negocio, Mabel...— objetó él sin desanimar.

—Aparte de que no te quiero, que ya es una razón, el amor no fuerza las cajas de los Bancos, que yo sepa.

Una llamada a la puerta cortó la conversación. Era un mozo que venía con una caja y una tarjeta para Mabel. Cuando ella destapó la caja, no pudo ocultar su extrañeza: era un ramo de flores.

—¿Quién puede mandarme esas flores, si nadie sabe dónde vivo?—dijo al propio tiempo que abría el sobre. A la lectura del contenido de la tarjeta, lanzó una interjección:

—¡Maldito sea! ¡Es del Chino!—dijo con rabia—. ¡Se ha enterado de todo! ¡Me manda esas flores y... me da recuerdos para ti!

—¿No te dije eso...? — exclamó el Lince sonriendo del desenlace de la aventura de Mabel.

—¡Bah...!—dijo ella recobrando su sangre fría. ¡Otros más listos han caido!

—¡Así me gusta!—exclamó el Lince con sincero entusiasmo—. ¡Que no pierdas el valor! ¡Yo también cuando más dificultades encuentro, más me enardezco! Vamos a luchar contra el Chino... ¡y a ganarle!

Sentáronse frente a frente y estudiaron un

nuevo plan. Parecían dos novios haciendo propósitos para un porvenir más feliz, cuando en realidad no hacían otra cosa que preparar una batalla contra el hombre más temible de San Francisco.

—Lo primero que debemos hacer es borrar el rastro. El Chino debe ignorar dónde vivimos—dispuso el Lince—. Después hemos de anticipar el golpe. Ya lo tengo todo a punto para hacerlo mañana, si es necesario. El Chino ha de ser el primer sorprendido. Después, una vez que nos apoderemos del dinero, permaneceremos escondidos en nuestra casa por dos o tres meses. Así despistaremos a unos y a otros.

RECUERDE ESTE TÍTULO

EL TENIENTE SEDUCTOR

POR EL INCOMPARABLE
CHEVALIER

Ocho días después, cuando el Chino creía que la tierra se había tragado al Lince y a su compañera, se encontró con ésta a la puerta de su casa. Era bastante astuto el Chino para no creer que aquel encuentro fuera casual.

Avanzó hacia ella lentamente y le dijo:
—¿Por qué te fuiste de mi establecimiento, muchacha?

—Su encargado era insufrible. Además, el Lince está ahora bien colocado y no quiere que yo trabaje.

Después de cambiar las primeras palabras, el Chino le propuso que subiera a su casa, a lo que la muchacha accedió. Cuando se hallaron en el despacho, frente a frente, Mabel afrontó resueltamente el asunto.

—Vine para decirle que el Lince está dispuesto a darle una participación si el golpe que prepara le sale bien.

—¿Y por qué te manda a ti con la embajada? —dijo él clavando en ella sus ojos oblicuos.



Días después Mabel entraba a trabajar...

—Porque él, esta noche, no se encuentra muy bien.

—¿Cuándo piensa dar el golpe?

—Eso depende de muchas cosas. Tanto puede ser dentro de una semana como dentro de un mes.

—Hubo una pausa. El Chino la miraba de hito en hito con los labios fruncidos por una sonrisa enigmática.

—La verdad es que reconozco que sois bastante listos, pero...

—¿Pero qué...?—dijo ella, sin inmutarse, al ver que el Chino dejaba la frase inacabada.

—Nada—respondió él, y para cambiar de conversación, añadió mostrándole una botella—: ¿Quiere tomar una copita?

Se negó la muchacha, pretextando prisa, y cuando iba a marcharse, el Chino tuvo que ponerse al teléfono.

La persona que le hablaba sólo le dijo una frase:

—Aún está dentro.

El Chino ofreció el auricular a Mabel, diciéndole:

—Oiga lo que me dice un amigo.

Ella cogió el aparato y se lo llevó al oído. Inclinándose un poco sobre ella, el Chino dijo a la persona que le había hablado:

—Repite lo que acabas de decirme.

—Digo que aún está dentro—oyó Mabel que decía una voz desconocida.

Rápidamente comprendió, pero se hizo la desentendida.

—¿Quién está dentro?—preguntó con indiferencia.

—Quiere decir que en estos momentos el Lince está operando en el Banco.

Mabel se encogió de hombros. Aparentemente estaba tranquila, pero en el fondo veía que todos sus planes se desmoronaban ante la astucia del Chino. Por su mente pasó

una idea e insensiblemente acarició la pequeña pistola que se había puesto en el bolsillo exterior del bolso. ¡Era la única manera de ganar la partida y ella no podía retroceder ante obstáculos de ningún género!

—Siéntate—dijo él autoritariamente, indicándole un sillón—. A mí no se me engaña tan fácilmente. Díselo al Lince. Si se burla de mí, se acordará toda la vida.

El Chino se volvió de espaldas. Era el momento oportuno para Mabel. Rápidamente extrajo el arma del bolso e iba a apuntar, cuando se abrió una puerta y apareció una figura rara: una anciana vestida de china que avanzó unos pasos en silencio:

—¿Qué quieras, madre?—dijo el chino.

La vieja dijo algo a su hijo, en su idioma. Este no se inmutó; ni siquiera dirigió una mirada a Mabel.

—Está bien, madre; no tengas cuidado—respondió a la vieja.

Esta volvió a marcharse por el sitio por donde había entrado. Cuando se hallaron solos de nuevo, el Chino exclamó:

—Guárdate el arma, Mabel. Aquí no te servirá de nada.

Diciendo esto avanzó unos pasos y se quedó parado ante la joven. Esta le miraba estupefacta, sin saber articular palabra.

—Debiera castigarte—dijo él—, pero no te guardo ningún rencor... A las muchachas

bonitas se lo perdonó todo... Y tú me gustas mucho...

A medida que decía estas palabras, el Chino se había ido inclinando hacia ella.

Mabel, inmóvil, impresionada, le miraba, esperando, pero cuando el Chino puso una mano en su escote, tratando de acariciarla, se levantó como movida por un impulso sobrehumano y fué hacia la mesa, al propio tiempo que decía:

—¡Me das asco, chino asqueroso!

Y cogiendo la botella de licor que había quedado sobre la mesa, se empapó una mano y luego se friccionó el sitio donde había tocado el chino.

Este no se movió del sitio: no hizo el menor movimiento para contenerla. Sus ojos estaban brillantes y su tez se había puesto lívida, pero no dijo nada.

Mabel cogió precipitadamente sus cosas y se marchó. En el momento de abrir la puerta, cuando iba a trasponerla, el Chino le dijo con voz ronca:

—¡Vendrás a suplicarme! ¡A pedirme perdón!

IV

Al día siguiente los periódicos publicaban la noticia del audaz robo del Banco del Oeste. En la historia del robo no se conocía un golpe tan atrevido como aquél.

Los ladrones habían penetrado en el Banco, si forzar ninguna puerta: habían abierto la caja de caudales destinada a los billetes sin hacer la menor violencia en las cerraduras y se habían llevado medio millón de dólares.

Ni los guardianes que durante la noche habían prestado su guardia con toda regularidad, como acreditaban los relojes automáticos, ni nadie notó la menor cosa. La policía tropezaba con serias dificultades, pues no había ninguna pista para coger al ladrón o a los ladrones autores de tan audaz robo, y todo el mundo estaba sumido en la mayor confusión.

Contrastando con la actividad desplegada por la policía que en aquellos momentos hurgoneaba por todos los rincones de San Francisco, practicando infinidad de detenciones, un hombre y una mujer descansaban tran-

quilmente del trabajo que habían efectuado aquella noche, en sus habitaciones de una casa de vecindad para gentes acomodadas que días antes habían alquilado.

Ambos parecían ajenos a los acontecimientos que se desarrollaban en el mundo y en la ciudad en particular, y acaso fueron los dos únicos habitantes de San Francisco que aquel día no hablaron para nada del robo del Banco del Oeste, que tanto apasionaba a las gentes.

Sin embargo, la policía adquirió una pista. Días después de cometido el hecho, se supo que había sido John el Largo. Llamaron al Chino y le interrogaron, pero éste negó hábilmente que tuviese alguna relación con el Lince. Lo que él quería era tomarse la justicia por su mano. Buscaba por toda la ciudad al fugitivo. Había pagado hombres para que le buscasen, pero todo era en vano; parecía que el Lince había huído sin dejar rastro.

Este y Mabel se hallaban ocultos a todas las miradas. Sólo de noche, convenientemente disfrazada, Mabel se atrevía a salir para comprar alimentos. En aquel estrecho presidió se aburrían.

El Lince había hablado varias veces con un niño de la vecindad. Se habían hecho amigos, a disgusto de Mabel, que se lo censuró.



Hizo amistad con un niño de la vecindad

—¿Acaso olvidas qué andamos huyéndole a una condena de diez años de presidio? —dijo ella.

—¿Qué daño puede causarnos una criatura? —respondió él.

—No es por él; es por sus padres, que a lo mejor han visto nuestros retratos en los periódicos.

Un día hizo entrar al niño. Este quería hacerse una cometa y vino a pedir a su amigo que se la hiciera.

El Lince se puso a jugar con él como si fuese una criatura. Mabel estaba de mal humor.

—No le hagas caso—dijo el Lince—. La pobre está loca desde que ha de comerse lo que guisa. ¡Vaya unos clavos para hacer una cometa, muchacho. ¿De qué tamaño la quierres?

—¡Quiero una ometa mu grande... mu grande...!

El Linee puso manos a la obra. Cuando ya estuvo lista, dijo:

—¡Ahora nos iremos a hacerla volar!

—¡Eso!—exclamó Mabel fuera de sí—. ¡Sí, hombre! ¡Ve a exhibirte con el nene!

Desistió John y mandó al bebé que se fuera a su casa. Cuando quedaron solos, el Lince exclamó:

—Parece mentira que no te gusten los niños, Mabel!

—¡Claro que no me gustan!—dijo ella.

—Sí te gustarán cuando sepas lo que es la caricia de unos bracitos infantiles enlazándose en tu cuello...

—¿Vas a hacer un discurso sobre el instinto maternal?—preguntó ella.



—No me esperáis ¿verdad?

—Quisiera tener un hijo como ese.

—¿Y la madre?

—Serías tú.

—¿Y para qué quieres hijos? ¿Para ser carne de presidio? ¡Vamos, contesta!

—Mis hijos no serán... eso que tú dices.

—Tus hijos serán como tú y como yo.

—Te advierto—dijo él—que yo seré encerrado cuando se me ponga en la cabeza.

—No lo dudo. Eres capaz de hacer cualquier barbaridad.

—Los hijos nos hacen buenos, nos llevan por el buen camino... Mabel; ¿no piensas en el placer que un hijo podría proporcionarte algún día?

—Yo no pienso más que en los zarpazos que da la policía, ¡en las caricias de las manillas de hierro en mis muñecas!

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



No deje de leer la novela más grande que se ha editado hasta el día ti-



Luces de Buenos Aires

por CARLOS GARDES

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franquese gratis

Ni tan ardientes como en el Sur ni tan heladas como en el Norte, son las Navidades californianas.

—¡Vaya unas Navidades aburridas!—exclamó el Lince aquella tarde.

—¡Supongo que no me echarás a mí la culpa!

—Voy a comprar un aparato de radio. Ya que no podemos pasar la nochebuena en la calle, nos divertiremos aquí.

—¡Eso! ¡Sal a la calle para que te vean!
—Sólo voy a la tienda de enfrente.

Venciendo la oposición de Mabel.

ce se lanzó a la calle.

Mientras ella estaba sola en la casa, entró el niño de al lado con sus perros: una familia compuesta de la madre y tres perritos. Ella

ha compuesta de la madre y tres perros. Esta lo recibió a regañadientes y se puso a chillar y él a llorar, y cuando ella más chillaba, más lloraba el niño.

—Ven, mocoso... ¿Dónde está el pañuelo? —dijo ella, poniéndoselo en la falda.

El niño fué calmándose y después, ambos, acabaron riendo. Así los encontró el Lince cuando regresó a su casa cargado con un aparato de radio.

—¡Así me gusta, que seáis amigos!

—Dios quiera que no te hayan visto! —respondió ella.

—No me ha visto nadie, tonta.

El niño marchó a su casa con la criada, que vino a buscarle. Esta explicó que el chico era hijo de un jefe de la policía. Esta declaración dejó a Mabel muy preocupada.

—¡Eso es tener mala pata! —dijo ella—. ¡Con tantas casas como hay y buscar la vecindad de un policía!

—No te lo tomes así, mujer. Sólo hemos hecho amistad con el niño y ese no nos denunciará. ¡Alégrate, mujer! ¡Esta noche es nochebuena!

—¡Nochebuena! Lo será para los que pueden pasarla en sus hogares, al calor de los suyos, sin huir de nadie... pero no para nosotros, que andamos huyendo a la justicia, nos tenemos que esconder como topos. ¡Ya estoy

harta, ¿sabes? ¡estoy cansada de vivir así!

—Calma, Mabel, calma... Después de todo, ¿quién puede oponerse a que recomencemos la vida los dos?

Y al decir esto, John enlazó a Mabel por el talle y la oprimió contra su pecho. Ella se dejó abrazar y besar tiernamente por el hombre que le ofrecía amparo, amor, una vida nueva. Acordaron marchar inmediatamente de la vecindad del policía, muy conocido del Lince, y empezaron a hacer las maletas.

Pero de pronto sonó un disparo en la esplanada.

Ya ha salido...

NÁUFRAGOS DEL AMOR

ÚLTIMA CRACIÓN DE LA GENIAL
JENNette Mac DONALD

Quedaron sobrecogidos. ¿Qué sería aquéllo? Antes de que pudieran darse cuenta, oyeron ruido tras la puerta. El Lince se asomó y vió por la mirilla de la puerta el rostro de El Chino.

Resueltamente dispuesto a afrontar la situación, el Lince abrió la puerta.

—¡Pasa! —dijo.

—No me esperabais, ¿verdad? —dijo el recién llegado avanzando penosamente—. Vengo a por mi parte y quiero despachar aprisa.

En tanto, en la escalera, en el suelo, herido de gravedad, se hallaba el capitán O'Reilly, padre del amiguito de John. El y el Chino se habían encontrado en la escalera y éste le disparó un tiro que le atravesó el pecho.

—¡Acabemos de una vez! ¡Si no, llamaré a la policía! —dijo el Chino, avanzando resueltamente hacia el Lince.

—Llámala si quieres ir a presidio —dijo éste, que se había dado cuenta de lo ocurrido en la escalera.

—¿Yo...? ¿Les harás creer que yo he disparado contra O'Reilly sin haber robado el dinero de un Banco?



— Es preciso llamar a un médico.

Ambos entablaron una lucha cuerpo a cuerpo. El Chino estaba herido y el Lince, de un certero puñetazo pudo ponerlo fuera de combate.

Después, él y Mabel, animados por un repentina sentimiento de humanidad, fueron a atender al policía que había perdido el sentido.

— No hay que perder el tiempo. ¡Llevémoslo a la cama! —dijo John, después de examinarlo.

El Lince lo cogió en brazos y lo condujo hasta su puerta. Llamaron. La criada no estaba en casa. Hallábase en los bajos del edificio celebrando las Navidades con la servidumbre de la vecindad. El niño salió a abrir. Procurando que no viese a su padre en semejante estado, Mabel lo cogió y se lo llevó a una habitación vecina, mientras el Lince colocaba al herido en su cama. Después de examinarle la herida más detenidamente, el Lince se dió cuenta de la gravedad del caso y fué a consultar con Mabel.

—Es preciso llamar un médico.

—¿No ves que eso nos comprometería terriblemente?

Pero le bastó a Mabel dirigir una mirada al niño, para comprender que debía afrontarlo todo.

—Sí — afirmó resueltamente —, debemos salvarle, cueste lo que cueste.

El Lince fué a la cama del herido. Este se quejaba y, al parecer, iba recobrando el conocimiento poco a poco.

—¿Dónde vive su médico? — preguntó el Lince.

—¿No me oye? — volvió a preguntar después de una pausa, en vista del silencio de O'Reilly. — Déme el nombre de su médico.

—Javier Casey.

Mabel fué al teléfono y pidió al médico

que se presentase inmediatamente a casa del policía O'Reilly.

El Lince se hallaba junto a la cama del policía.

—¿Di al Chino? — preguntó el herido en un momento de lucidez.

—Sí, pero él también le dió a usted.

—Lo sé... lo sé...

—Por si acaso... conviene que diga al médico quien le hirió — aconsejó el Lince.

En este momento llamaron al teléfono.

—Hablo desde la comisaría. Diga al Capitán O'Reilly que se ponga al aparato.

—Perdone — dijo Mabel tomando una resolución —. Yo soy la vecina del capitán. El no puede venir al teléfono. O'Reilly ha bebido un poco más de la cuenta celebrando la nochebuena.

Esta contestación puso en guardia al jefe de O'Reilly.

Precisamente el capitán era un hombre que no había bebido en su vida. Para que se pusiera en claro la verdad, mandó unos números a casa del capitán.

En tanto, Mabel y John discutían acaloradamente.

—No seas tonta, Mabel; me quedaré yo. Toma el dinero y vete en el primer tren que salga.

—¿Quieres que me vaya... sin ti?

—No te ocupes de mí. Coge el dinero... ¡y buena suerte! Si O'Reilly se muere, no podremos probar que el Chino lo ha matado. En ese caso, ya sabes el fin que me espera.

—¿No ves que no puedo marchar sin ti?—dijo ella.

—¡Vuelve a decir eso! ¡Repítelo!—dijo él estrechándola entre sus brazos.

—Quiero correr tu suerte, John—dijo ella mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

Ambos se fundieron en un largo abrazo. Estaban regenerados.

Mientras tanto, el Chino iba recobrando, poco a poco, el conocimiento. El golpe que le había propinado el Lince, desgraciadamente, no era mortal. Abrió los ojos, miró en derredor suyo y se encontró solo. Aquéllo le compensó de las amarguras pasadas.

¡Buena ocasión para registrar la casa y dar con el tesoro robado por John al Banco del Oeste!

No tuvo que buscar mucho. Pronto encontró los billetes, y brillándole los ojos de codicia y de alegría, se apresuró a llenar con ellos una maleta. Después, pensando, muy cueradamente, que las piernas están hechas para correr cuando llega el caso, salió del departamento amueblado de John y Mabel y se abalanzó escaleras abajo; mas era tanta su precipitación, que tropezó, cayó rodando algunos

escalones y fué a estrellarse la cabeza contra unos hierros.

¡Quién mal anda, mal acaba!

Cuando la policía llegó a la casa, se encontró con el cadáver del Chino en la escalera; pero no por eso se libraron de las esposas el Lince y su novia. Se sospechaba de ellos, con tanta mayor razón, cuanto que la herida de O'Reilly no dejaba ninguna duda sobre las circunstancias en que había sido hecha. Era una herida de arma de fuego, y puesto que estaban con él John y Mabel, sujetos de pésimos antecedentes, ellos eran los culpables, mientras no se demostrase lo contrario.

Sin embargo, hay Providencia. O'Reilly estaba muy grave, pero, a pesar de su gravedad, encontró fuerzas para declarar que quien le había herido había sido el Chino, y que aquella gentil pareja no había hecho otra cosa que atenderle con cuidados solícitos.

Las muñecas del Lince y de su novia volvieron a quedar en libertad. Pero aún no podían cantar victoria. Faltaba por aclarar la participación que habían tenido en el robo del Banco del Oeste. Era muy extraña su situación, escondidos en aquella casa, sin dar señales de vida, para que no se les achacase, por lo menos, una parte en el robo.

Por un momento los dos cómplices se creyeron perdidos. Sus sueños de regeneración, su afán de empezar una vida nueva y honra-

da, corrían peligro de desvanecerse como el humo. Se demostraba una vez más que el que nace delincuente, tiene que morir delincuente. No hay salvación para él. Les aguardaban diez años de presidio; y después de diez años de estar "a la sombra", soñando con la libertad, incubando odio y rencor, ¡quién iba a pensar en regenerarse!

Volvería a girar la ueda; volvería a cogerles en sus engranajes. En sus cabellos y en sus corazones el tiempo y la reclusión habrían puesto nieve... Cuando saliesen del encierro, llevarían ya planeado algún nuevo "golpe" para realizarlo cuanto antes. Y si salía mal, al presidio otra vez...

Pero el cadáver del Chino estaba allí, caliente aún. ¿Por qué no podía ser él el autor del robo al Banco del Oeste? Todo lo hacía suponer: sus antecedentes, los billetes que llevaba en la maleta, hasta su agresión al policía O'Reilly... No había duda posible. ¡El ladrón había sido el Chino!

* * *

Desde aquel día John y Mabel se apartaron del camino del delito y emprendieron la senda del trabajo, más áspero y difícil, pero infinitamente más bella.

FIN

¿Quiere usted conocer la vida artística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

Dolores del Río

Adolfo Menjou

Janet Gaynor

Buster Keaton

Lon Chaney

**25 CÉNTIMOS
VOLUMEN**

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona
Si no encuentra en su localidad, remita su
importe en sellos de correo, al Apartado
707. Barcelona